



LA DULZURA

LA dulzura, como la humildad, es una de las virtudes características de Jesucristo, y por lo tanto una de las virtudes fundamentales de la perfección evangélica. — Toda santidad que no es dulce, no es verdadera. Nuestro Señor ha presentado la dulzura con la humildad como la virtud dominante en su corazón.

I. ¿En qué se basa su importancia y qué es lo que le conquista ese elevado puesto entre todas las virtudes? La explicación de ello está en que es el fruto del amor sobrenatural de Dios y palma de la victoria del hombre sobre su orgullo, así como renovación y transformación de todo el hombre natural. El antiguo Adán es cólerico por su naturaleza y tanto más cuanto es más orgulloso, y todo orgulloso es arrebatado, duro y cólerico; la impaciencia aliméntase de orgullo, del cual es voz y ademán. La cólera se basa en el amor que el hombre tiene á sí mismo, á su reposo, á su bienestar natural; no es otra cosa que la resistencia que opone el hombre á quien intentan arrancarle lo que ama; es el grito del amor propio y del egoísmo, y todas esas cosas tienen hun-

didadas sus raíces en el fondo del hombre, forman su misma naturaleza, por lo cual volver dulce á un hombre es reformarle radicalmente y sobrenaturalizar toda su naturaleza.

Todos están sujetos á la cólera; el impío no encuentra límites en sus arrebatos y se vuelve contra el mismo Dios, luego que la ha desencadenado enteramente contra sus semejantes; y en cuanto á las naturalezas piadosas, tan dulces y tranquilas, al parecer, si las inflamáis, serán más terribles en su cólera, que no se extinguirá sino después de mucho tiempo, durante el cual las cenizas calientes ocultarán carbones prontos á encenderse. No hay cólera tan difícil de aplacar como la del flemático, y no es tanto lo que para excitarle se necesita.

Luego la dulzura no es una virtud natural ni se alcanza por las propias fuerzas, ni únicamente con decir: «quiero ser dulce.»

Es virtud propia de Jesucristo, y del todo sobrenatural; de manera que para practicarla necesitamos su gracia, y por cierto poderosa; pues no se trata nada menos que de vencer enteramente el amor propio, y en verdad que no es cosa muy factible.

Pero cuando se consigue, agrádase á Jesucristo, que sólo habla con los mansos, se posee el reino de los cielos, gánanse almas para Dios y se merece reinar con el Cordero.

II. Hay que ser manso ante Dios —El cual á veces es severo, oculta su bondad bajo apariencias coléricas y parece que suspende su ayuda y que paraliza los canales de la gracia.

Permite que nada de lo que se intenta prospere, ni aun las cosas que son para gloria suya; sufre una contradicción y calumnia de parte de los malos y de

los buenos, de los enemigos y de los amigos, y es abandonado como el santo Job en su muladar.

Entonces se llega á la desesperación; todo se abandona por displicencia; la tristeza y la impaciencia os dominan, sientese hervir en el alma secreta irritación; entonces es cuando hay que ser dulce para con Dios, pues todo eso viene de Él, y la dulzura os moverá á decir á Dios: «Sé, Dios mío, que sois bueno al par que justo; de vuestra mano todo lo acepto, y os adoro en ese misterioso camino, así como en todo lo que respecto á mí queráis, pues me consta que todo procede de vuestro corazón paternal.»

Aunque sufriendo, permanece uno sumiso y sirve á Dios como en los días en que ostenta el radiante sol de su rostro; hasta que, vencido Dios por esta dulzura del alma que se le ha sometido, cede, puesto que ya está efectuada la experiencia que deseaba realizar en su deseo de ver si le amaríais más que á sus favores.

Es menester alcanzar esta dulzura ante Dios, pues de lo contrario se rechazarán sus designios y hasta se luchará contra Él; desde lo cual es rápida la pendiente por donde se rueda á la murmuración, á la blasfemia y á la desesperación.

Nuestro modelo es Job, á quien el Espíritu Santo elogia por su mansedumbre, y que triunfó de Dios soportando paciente su visita. ¡Y eso que Job no había visto á Jesucristo!

¡Oh! ¡Jesucristo! ¡Cuán dulce fué para su Padre! Para su Padre, que le había impuesto todos los sufrimientos con que se cargó, y le hizo rigurosamente padecer todo lo que Jesucristo había desde la eternidad aceptado. Nada le perdonó, y el mismo

Jesús decía: «Conviene que toda justicia se consuma.» Y sin embargo, ¡el cáliz qué amargo era! Jesús no se abstuvo de pedir á su Padre que le dispensara de apurar las heces, pero á la vez añadía: «Padre mío, hágase tu voluntad.» Y ya en la cruz, ¡qué martirio para Él el abandono de su Padre, y cuán desgarrador fué este grito del Salvador: «¡Padre mío, Padre mío! ¿por qué me has desamparado?» Mas no se irrita; sigue siendo el cordero que degüellan y se deja degollar, y al terminar su vida puede con razón decir: *Consummatum est.*

Dios os dará á gustar de estas pruebas, porque el amor necesita pasar por ese punto: ¡oh cómo necesitaréis acopio de dulzura para con Dios! Cuando llegue ese caso, humillaos dulcemente, cimentaos en la confianza de su misericordia, y en su bondad, que no podría dejaros perecer para siempre; no consideréis vuestros pecados para buscar en ellos la clave de vuestros padecimientos, pues en ellos no encontraríais más que turbación y espanto.— No: manteneos en la misericordia de Dios y decidle: «¡Como queráis, Dios mío, aunque nada perderéis en ello, porque á pesar de la prueba, he de servirlos!»

III. Hay que tener dulzura con el prójimo, y el principio de esa dulzura se encuentra en la caridad. Seréis dulces con él cuando miréis en él los dones de Dios, si amáis á Dios en él; pues amar á los hombres por ellos mismos, equivale á tiempo y trabajo perdidos. Sacos agujereados son los hombres, por lo cual, quien dentro de ellos ponga sus tesoros cuente con perderlos.

Si en Dios véis al prójimo, soportaréis sus defectos, y le reprenderéis sin acrimonia; le trataréis

como lo hubierais hecho con Jesucristo, caminando al Calvario, cargado con su cruz; os apiadaréis de su miseria, que no os irritará, y le serviréis con bondad y paciencia; mas para todo esto se necesita amar á Dios en el prójimo.— Fijaos, sin embargo, en que nada es tan necesario como esta dulzura para con el prójimo, especialmente si se vive en comunidad, porque sobre dicha mansedumbre reposan la paz y la unión fraterna, dado que el prójimo pone á prueba nuestra paciencia y hay que sufrirle suavemente, pensando que se trata sólo de un recíproco cambio de servicios, porque no dejaremos de ejercitar á nuestra vez su paciencia. La dulzura evita las contiendas y querellas, y fué recomendada por nuestro Señor á sus discípulos en la última cena que con ellos tuvo, antes de separarse de ellos, en la cena de la Eucaristía.

IV. También hay necesidad de ser dulce consigo mismo; pues aunque esto parecerá quizá contrario á las palabras del Salvador: «Quien ama su alma la perderá,» no es así, excepto cuando se trate de evitar un pecado, de quitar una ocasión, de combatir una costumbre ó de castigar la falta, porque entonces ¡oh! ya no se trata de dulzura, sino que hay que echar mano de la energía y de la fuerza.

¿Y por qué nos hemos de irritar contra esa flaqueza que forma en nosotros la base de toda tentación? Si nuestra naturaleza es corrompida, ¿para qué atormentaros contra ella, á no ser que os impulse á cometer algún pecado? No fatiguéis inútilmente vuestras facultades ya tan enfermizas.

No es la lucha ni la violencia, sino la humildad y la paciencia de la dulzura lo que hay que utilizar contra la miseria nativa, contra esa flaqueza que se

arrastra, que se remonta muy poco, que sin cesar vuelve á caer sobre ella misma. Hay que tomar el propio estado tal como es y llevarlo á Dios de igual manera. ¿Alguno de vosotros es de ánimo débil, ó más débil aún de corazón? Pues ofrézcalo á Dios. Y si no ¿qué haréis? Con matarse no se transforma uno; por lo tanto, cosa por demás inútil será el que os irritéis contra vosotros y que os incomodéis á causa de no ser perfectos.

¿Aspiraréis á parecerlo á vuestros ojos y á persuadirlos de ello no obstante la realidad? Seréis entonces como esos ignorantes infatuados, ó á manera de pobres orgullosos que respectivamente desean ser tenidos por sabios ó por ricos, dando lugar á un espectáculo odioso.

Se acerca un pobre á vosotros, y porque la necesidad le dáis limosna, sin informaros de las causas más ó menos legítimas de su pobreza, pues ¿de qué serviría indagar y discutir? Es pobre, así lo consideráis, y le hacéis una obra de caridad.

Pues trataos de igual manera; y como vuestra debilidad é indigencia espirituales son para vosotros la condición de la humildad, aceptad con dulzura vuestra impotencia y en esto encontraréis cierta paz que os una suficientemente con Dios.

Lo perfecto en la dulzura fuera dar gracias á Dios aun por vuestra miseria, que glorifica sus grandezas inefables, y por sus menores mercedes bendecirle como si fueran favores inmensos los que Dios os concede, aunque sois por completo indignos de ellos.

Se requiere esta dulzura en el servicio de Dios; en todas las operaciones interiores, en toda la espiritual comunicación con Dios, y más que nada en la oración y en las relaciones directas con Él.— Si, por

ejemplo, al empezar vuestra meditación os faltan pensamientos, afectos y hasta el medio de producirlos, decid: «Dios mío, nada puedo, pero seguiré lo mismo á vuestros pies, supuesto que un niño no es echado de la casa paterna á causa de ser imbécil, y hasta el perro tiene derecho á tenderse á lo largo en la puerta y á recoger las migajas que caen al suelo.» Esto da pena, pero hay que aceptarlo, porque place á Dios, y no guardarnos rencor por ello, supuesto que por nosotros mismos nada mejor sabríamos hacer.

La irritación sería en tal caso el despecho del orgullo, el magullamiento del amor propio, que sueña con grandes cosas y se juzga capaz de realizar hasta las más difíciles.

Dios, bondad suma, nos mantiene en nuestro puesto y nos muestra nuestra nada; hay, pues, que mirarla con dulzura, y con hacimiento de gracias ofrecerla á Él, que no se desdenará de fijar sus ojos en esa nada, enviándole algún benéfico rayo que la impulse á producir siquiera algunas florecillas, unas espigas cuando menos, que recogerán los ángeles y guardarán en los graneros celestiales; porque ha mirado al mísero en su muladar y ha exaltado al hombre dulce cuyo corazón estaba triturado.

Decía el Profeta, y el sacerdote repítelo todas las mañanas: «¿Por qué estás triste, alma mía, y qué razón hay para que así me conturbes?—*Spera in Deo*, ¡Espera en Dios!» Aquí tenéis el remedio: dulzura, esperanza y confianza en la misericordia de Aquel que no desprecia á criatura alguna de sus manos, porque á todas las ha criado en su amor, para sus fines de amor.



LA REGLA

SANTIDAD DEL RELIGIOSO

Qué ley os volverá santos?—La Regla; vuestra Regla de religioso; la Regla de la asociación á que pertenecéis.

I. En practicarla estriba vuestra santidad, porque para vosotros significa la voluntad de Dios, y os dice qué designio tiene respecto á vosotros, cómo quiere conducirlos y qué gracias os concederá. — Sólo por su Regla puede santificarse el religioso; pues ya aquí, nada bueno puede esperarse de los modos y prácticas de piedad particulares, puesto que todo está concedido para todo el cuerpo, y de su reunión con el cuerpo deben recibir su vida los miembros; y como en religión nadie se salva sino en el cuerpo, esto es, en cuanto se halla unido al cuerpo, ved ahí por qué la Regla es el alma que forma la unidad de una religión. No reconocerá Dios vuestra santidad particular, pues á quien busca en vosotros es al perfecto religioso de determinado instituto; por lo cual importa que os fundéis en el vuestro, del cual seáis como viva encarnación: no

el hombre santo, sino el santo religioso es quien será galardonado en vosotros.

¿Comprendéis ya cuánto interesa que estiméis vuestra Regla y pongáis su práctica sobre todos los atractivos, por muy excelentes que fueren; que debéis animaros con su espíritu, juzgarlo todo desde su punto de vista, y que, en fin, debe convertirse en vuestra guía y en vuestro criterio supremo?

Estimadla, amadla, practicadla: de lo cual recibiréis tres grandes gracias contra tres peligrosísimas tentaciones.

1.º La Regla preserva de la inconstancia. — La cual es el mayor mal de la piedad en el mundo. ¿Estabais siempre á igual altura? Por el contrario, ¿no tenia vuestra piedad un perpetuo movimiento de balanza, ya hacia arriba, ya hacia abajo? — La Regla os sostiene é impide inclinaros á derecha ó izquierda, así como se opone á que retrocedáis; se apodera del religioso, le impulsa con movimiento constante y con la voz del reglamento, de los ejercicios cotidianos, y de la campana, le grita á cada paso: «¡Marcha, marcha!» — Y además, como todos hacen lo mismo, centuplicase cada cual por las energías de sus hermanos, siéntese arrastrado por los que avanzan, y se hace difícil rezagarse; el amor de Dios, y en caso necesario cierto amor propio, os obligan á proseguir; hay en ello un auxilio poderoso contra la flaqueza personal y la natural inconstancia.

2.º La Regla protege contra la negligencia y pereza. — Cuando se trata de trabajar sobre sí mismo, se experimenta dificultad siempre copiosa. Se abundará en abnegación para los demás, y se harán sacrificios por su adelantamiento; pero cuando trata uno de sí mismo procede con cierta holgura. — Con cuan-

ta mayor facilidad sale uno para servir al prójimo, tanta mayor dificultad encuentra en entrar de nuevo en sí para sacrificarse á sí propio. — Se piensa que basta la abnegación, é informa uno en ella su vida, como si á todo supliere; mas en esto hay grave peligro: el de perderse á pretexto de salvar á los demás.

Ahora bien; de este peligro os preserva la Regla, pues os fija ejercicios de santidad personal, os impone horas durante las que sólo en vosotros debéis pensar, sin trabajar más que en vosotros para Dios: sed fieles á esto. Tales ejercicios son el alimento de vuestra alma, pues vuestra vida espiritual sólo por ellos se sostiene, sin que nada los reemplace; por lo cual no olvidéis que no tienen equivalencia en cosa alguna. Únicamente excluyo el caso de evidente necesidad, que por lo tanto es rarísimo. ¡Cuánta ilusión hay en esto! Quiere uno trabajar, combatir continuamente; mas ¡ay! que la pelea no nutre, lo que hace es debilitar. Cuanto por los demás hicieris, no valdrá lo que la Regla os mandaba hacer por vosotros, y que habéis menospreciado. En este caso, las más válidas razones no pasan de ser pretextos con que encubrir el amor propio ó la pereza; porque no habéis de olvidar que más virtud hay en combatir consigo mismo que contra todos los vicios del mundo, y que más fuerza y verdadera abnegación se necesitan para trabajar en la propia perfección que para sacrificarse en pro de la ajena. — Antes de ir hacia los hombres es menester ir á Dios.

Por consiguiente, los ejercicios de piedad de la Regla se anteponen á todo, á todo absolutamente. Así, nada de ejercicios de piedad personal si se oponen á vuestra Regla ú os llevan á descuidar los que

ella os impone; pues mientras en éstos encontraréis la gracia abundante del cuerpo á que pertenecéis, en aquéllos nada más que una gotilla de gracia individual.

Por lo demás, la fuente de todas las ilusiones se halla en dejar lo común por lo particular.

3.º También la Regla os precave contra el riesgo de la exageración, fundamento de la ilusión en la vida espiritual.—Uno es joven, tiene ardiente el corazón é inflamable la fantasía, y al leer las vidas de los Santos, se ven en ellas algunas acciones extraordinarias, que al punto se quieren imitar. Hállase en un libro la enseñanza de algún camino más secreto ó extraordinario de un santo personaje, y creyendo que la santidad reside allí, se desea penetrar. No se tiene en cuenta toda la vida ordinaria de tales Santos, encorvada bajo el yugo de la Regla, en la práctica de los deberes diarios, en la mortificación de las pasiones, y sólo se para la atención en unos pocos hechos brillantes, dispuestos por Dios generalmente más bien que para aumentar la santidad de aquéllos, para ostentarla.

Mas antes de pasar adelante os digo: «¿Pertenece á vuestra Orden esos Santos? ¿Han tenido igual gracia y la misma Regla que vosotros? — Si es así, imitadlos; si no, dejadlos, pues no tenéis las gracias de ellos. ¿Para qué pretendéis tornaros cedros, si os prefiere Dios violetas? En el solemne día de sus votos, el religioso abandona todas las reglas particulares que siguió hasta entonces, y sus votos reemplazan para él todas las obligaciones que antes contrajera; así es que si perteneciais á una Orden tercera, ó habíais hecho votos particulares, conmutásteis sus obligaciones por las de vuestros votos

religiosos; por manera que si así lo preferís, conservadles vuestro afecto, pero abandonad su práctica.

Ateneos á vuestra Regla, suficiente para todo. Si queréis, impetrad penitencias secretas, pues la autoridad del Superior, intérprete de la Regla, las santificará con permitir las; aunque su deber es velar por que nada se introduzca contra el espíritu de la Regla, ya que en este caso todo sería malo, así las penitencias como lo demás.

Sed sobrios y modestos; tened espíritu de penitencia y mortificación, haciendo de éstas vuestras prácticas ordinarias; y mucho cuidado con lo extraordinario.

En último caso, sabed que es necesario ser Santo en el modo que Dios quiere que lo seamos, y no de otra suerte. Pues bien, la Regla os señala la voluntad de Dios; con ella estaréis seguros y en la divina gracia, y poseeréis el medio de glorificarle efectivamente. Todo lo demás será inútil, así para Él como para vosotros, si no es que para vosotros encierra también peligro; serán como grandes pasos, pero dados fuera del camino, lo mismo que los grandes hechos de los romanos, y aquellas sus tan levantadas virtudes morales, de que decía San Agustín: *Magni passus, sed extra viam.*

Un Santo decía de la Regla de San Francisco: «El que observe esta Regla se salvará de seguro.» Pues yo digo lo mismo de la vuestra; así como sin ella, será en vano que os matéis con el trabajo y la pena, pues nada conseguiréis.

No la apartéis de vuestros ojos, y cuando no hablé expresamente, dirigíos á vuestro Superior, que es la Regla viva y su intérprete autorizado.

II. Además de vuestra santidad y de los beneficios á que acabo de referirme, debéis practicar vuestra Regla en bien de vuestra Congregación.

1.º Desde luego habéis de amar á esta Congregación con amor filial, en términos que vuestra vida sea de reconocimiento hacia ella, pues le debéis la dicha eterna y la paz de que disfrutáis, la facilidad de santificaros, la ventura de que aun aquí abajo gozáis. Dadle toda vuestra cooperación, lo cual haréis sumamente practicando su Regla. No se os olvide que jamás se paga, en el grado que merece, á una Asociación por las gracias que os concede; siempre resulta uno deudor para con su madre; así es que vuestros trabajos diarios no pasan de ser algo dado á cuenta de vuestra inmensa deuda.

Ella, sin embargo, no os pide, por todo lo que os da, sino que observéis su Regla, que es la condición esencial de su vida; por lo cual, si no la observáis, dáis muerte á vuestra madre, ocasionáis la pérdida de vuestra familia adoptiva, y paulatinamente introduciréis la división, la amargura, la guerra civil, pues el que infringe su Regla promueve, en cuanto está de su parte, una revolución, y bate en brecha la ciudadela santa. Mas sobre todo, ¡Dios os libre de querer en caso alguno tocar á una regla para cambiarla ó modificarla! ¡Y cuenta con que si fácilmente faltáis á ella, de hecho la derribáis, ya que no de una manera formal. Por lo tanto, observad vuestra Regla, si habéis de conservar la vida de la Asociación, que es madre vuestra.

2.º Sois deudores á esta Asociación de extenderla, tornarla próspera y atraerle numerosos hijos.— Por eso tened en cuenta que si no practicáis vuestra Regla, los que vinieren á veros se irán diciendo:

«¡Aquí no hay más que desorden!»—De esta manera sécase en su raíz una Asociación que sin embargo tenía fuerza, abundante gracia, y estaba destinada á crecer; con no observar su Regla, atájanla y paralizanla, pues su Regla es el foco de su vida, y sólo tendrá expansión cuando este foco esté ardiente, muy nutrido y conservado.

Así, pues, que al veros digan: «Estos son verdaderos religiosos, pues observan fielmente su Regla.» Frutos sois de la Asociación, y de igual manera que un árbol se conoce por sus frutos, así juzgarán de vuestra Asociación, en conformidad con lo que vienen en vosotros; sus rayos sois vosotros; resplandeced con su luz, y vendrán á ella.

3.º Debéis, por último, concurrir al fin de vuestra Asociación, obrando de manera que lo consiga venturosamente, y ese fin consiste en glorificar á Dios por las obras de caridad entre las clases obreras.

¿Qué haréis para Dios si no tenéis en el corazón vuestra Regla?

Sólo podéis glorificarle dentro del espíritu de vuestra Asociación, y según la gracia de ésta, con el bien entendido de que Dios nunca concede más que una gracia de fundación.

El gran peligro de las Asociaciones nacientes se halla en la deficiencia de fe respecto á la primera gracia. Llegan algunos que dicen:— «Si se modificara esto ó se añadiese aquello... No ha habido razón para hacer tal cosa hasta ahora de este modo.»— Podrán éstos tener talento, experiencia, influjo; pero os digo que, voluntarios ó contra su voluntad, son traidores que dividen la gracia primera, la gracia de la fundación, el pensamiento del Fundador, y serán causa de que se pierda la Asociación que les dé oídos.

Nunca faltan quienes se crean llamados á reformar á su Fundador y á mejorar su obra; mas nunca Dios bendice sino al que eligió para fundar, y no á los que intentan ir contra éste, y muy sabido es el ejemplo de San Francisco y del Hermano Elías, quien deseaba añadir, suprimir, glosar; mas el Santo le decía siempre, por orden de Dios: «Sin glosa, sin glosa, sin glosa.» Elías se separó, se fué á Alemania, y murió miserablemente en el partido del emperador cismático, apoyando al antipapa.

No: Dios nunca da su bendición fuera de la primera gracia: desenvuélvese ésta, se saca de ella, con el tiempo, y según las circunstancias lo reclaman, todo su contenido, pero jamás es lícito cambiarla, ni introducir cosa alguna que la contrarie. Dios, que hará prosperar la primera semilla, nunca dará más de ella.

Por manera que si se ha alejado uno de aquélla, es preciso regresar pura y sencillamente: *Prima opera fac*: emprended nuevamente vuestros primeros trabajos, volved á la pureza de vuestra primera gracia, pues de lo contrario os dispersaré: *Sin autem venio tibi et movebo candelabrum tuum de loco suo* (Apoc., II, 5.)

Por lo cual, nunca permitáis que en vuestra Regla se introduzca nada nuevo ni extraño, y como aquel Santo Fundador respondió: «¡Que sean como son, ó que desaparezcan de una vez!»—Como este peligro es grande, vigilad mucho para evitarlo.

Observad, en fin, vuestra Regla y cumplidla religiosamente, por respeto á Dios, suma bondad, de quien procede. ¿Creéis que el hombre pudiera ser capaz de componer una Regla?—No, pues ni virtud ni santidad bastan para ello, sino que se requiere

una elección y un llamamiento especial de Dios, que es quien la inspira, y luego el Fundador os la transmite escribiéndola entre lágrimas y sufrimientos. — ¿Qué hombre pudiera poner en algunas líneas trazadas por su mano la luz y la santidad? La Regla es conductora de la gracia y santifica, y es claro que sólo Dios puede dar la gracia y la virtud de santificar.

La Regla es para vosotros lo que para la Iglesia el Evangelio; el libro de la vida; el libro de la palabra de Dios, lleno de su verdad, de su luz, de su gracia y de su vida: ¿os atreveríais, sin embargo, á cambiar una sílaba de este evangelio ó dejar que cayera de él una palabra siquiera? No; y lejos de eso, sean todas sus palabras sagradas para vosotros.

Oid estas amenazas de San Juan, escritas en el final de su Apocalipsis, las cuales podéis aplicar al libro de vuestras santas Reglas: «Yo protesto á todos los que oyen las palabras de la profecía de este libro: que si alguno añadiese á ella cualesquiera cosa, Dios descargará sobre él las plagas escritas en este libro.

»Y si alguno quitare cualquiera cosa de las palabras del libro de esta profecía, Dios le quitará á él del libro de la vida y de la ciudad santa.»

